

Los animales / Mauricio Montiel Figueiras

para James Knight Y vuestro temor y vuestro pavor serÃ¡ sobre
Â Â Â Â Â Â todo animal de la tierra.
Â Â Â Â Â GÃ©nesis, 9:2

Los animales salen de noche. Abandonan sus escondites cuando la luna es una uÃ±a amarillenta colgando sobre la ciudad que jadea, exhausta.

Â Â Â Â Â Nadie sabe con certeza quÃ© aspecto tienen los animales. Se especializan en cambiar de forma entre las sombras densas de los callejones.

Â Â Â Â Â Unos dicen que los animales vienen de un zoolÃ³gico abandonado en una tierra umbrÃ-a y lejana. Otros dicen que son pesadillas olvidadas.

Â Â Â Â Â Antes de dormir a los niÃ±os se les cuentan historias en que los animales los miran fijamente. Sus sueÃ±os se llenan de ojos bien abiertos.

Â Â Â Â Â Los ancianos evocan los viejos tiempos en que los animales se mantenÃ-an a raya. Â«Ãpocas doradasÂ», suspiro Â«nuestras Ãpocas de inocenciaÂ». Las familias religiosas pintan seÃ±ales rojas en sus puertas al anochecer. Creen que los animales pueden ser Ãngeles exterminadores.

Â Â Â Â Â Los indigentes ya buscan refugio cuando la oscuridad comienza a espesarse. Los animales, estÃ¡ demostrado, suelen alimentarse de ellos.

Â Â Â Â Â El hambre de los animales nunca se satisface. Su apetito se remonta a varios siglos atrÃ¡s, mucho antes de que las ciudades nacieran.

Â Â Â Â Â Algunos ciudadanos hacen sacrificios para proteger a sus seres queridos. Complacen a los animales dejando sus mascotas fuera de casa.

Â Â Â Â Â Cuando los animales empiezan a recorrer la ciudad, el alumbrado pÃblico parpadea. Flota como bruma un aroma a cosas salvajes, indomables.

Â Â Â Â Â El sonido que los animales hacen al salir de sus madrigueras es un gruÃ±ido ronco y suave, similar al de una pesada maquinaria antigua.

Â Â Â Â Â Los artistas callejeros han intentado plasmar los rasgos de los animales en los muros de la noche. Siempre los interrumpe el gruÃ±ido.

Â Â Â Â Â Una vez se encontrÃ³ un montÃ-culo de manos mutiladas en una callejuela. Â«Gente que tratÃ³ de tocar a los animalesÂ», concluyÃ³ la policÃ-a.

Â Â Â Â Â Varios drogadictos afirman que hay alguien que acostumbra acompaÃ±ar a los animales. Â«Algo humanoÂ», dicen Â«que puede ser hombre o mujerÂ».

Â Â Â Â Â El gruÃ±ido se desvanece poco a poco. Las lÃmparas tartamudean. La gente sabe que es la seÃ±al. Cuidado con los animales. Mucho cuidado.

Â Â Â Â Â Aunque las autoridades han decretado un toque de queda en la ciudad debido a los animales, hay quienes no obedecen. Los noctÃmbulos.

Â Â Â Â Â Prostitutas, alcoholÃ³licos, heroinÃ³manos, solitarios en busca de una compaÃ±Ã-a que los ilumine. Todos ellos viven con sus animales Ãntimos.

Â Â Â Â Â El toque de queda inicia a las diez de la noche. QuÃ© fabulosa vista ofrece la gran ciudad al vaciarse ante la presencia de los animales.

Â Â Â Â Â Los taxistas estÃ¡n entre los noctÃmbulos que se resisten al toque de queda. Patrullan la ciudad sin amedrentarse ante la amenaza animal.

Â Â Â Â Â Los taxistas integran un clan especialmente incrÃ©dulo. Â«Que vengan los animalesÂ», dicen, Â«los arrollamos. C transportamos al infiernoÂ».

Â Â Â Â Â Nacido en un pueblo de Cuba, Rico lleva cinco aÃ±os conduciendo un taxi amarillo. Su escepticismo con respecto a los animales es enorme.

Â Â Â Â Â Â«En mi paÃ-sÂ», le gusta decir a Rico, Â«hay diferentes clases de bestias. Mis antepasados hablaban con los animales durante la nocheÂ».

Â Â Â Â Â Cuando le preguntan por su nombre, Rico tuerce los labios en una mueca. Â«Por fuera soy pobreÂ», dice, Â«pero por dentro soy millonarioÂ».

Â Â Â Â Â Rico llegÃ³ a la ciudad cuando era apenas adolescente y los animales comenzaban su reinado de terror. Ahora tiene casi treinta aÃ±os.

Â Â Â Â Â Rico vive en un departamento pequeÃ±o y atestado de trebejos con su madre enferma y supersticiosa. Â«He visto los animalesÂ», afirma ella.

Â Â Â Â Â Â«Ã¿CÃ³mo son los animales, mamacita?Â», pregunta Rico. Â«Como nosotrosÂ», murmura ella, recelosa, Â«pero poquito distintos y extraÃ±osÂ».

Â Â Â Â Â La madre de Rico tambiÃ©n declara soÃ±ar con los animales. Â«A veces llegan conmigoÂ», dice, Â«sÃ³lo para lamerme la punta de los dedosÂ».

Â Â Â Â Â Pese a lo que afirma su madre, Rico mantiene incÃ³lume su escepticismo. En cinco aÃ±os de conducir su taxi no ha visto a los animales.

Â Â Â Â Â Rico ha oÃ-do historias, por supuesto, cantidad de historias. Pasajeros que refieren encuentros breves pero espeluznantes con los animales.

Â Â Â Â Â Ver para creer, se dice Rico. Y con esa idea en mente deambula por las calles desoladas mientras la luna roÃ±osa

rasguña el cielo.

Es una noche particularmente hmeda cuando Rico cae en cuenta que se le ha acabado el tabaco. «Coa», rezonga, y golpea el volante.

Son las once p.m. Hace una hora que el toque de queda se implanta y la ciudad semeja un libro hermticamente cerrado.

Pese a las protestas ciudadanas, el toque de queda sigue moviendo al dj vu: sirenas estridentes, como de bombardeo areo.

Cuando comenzaron los ataques de los animales, y al escuchar las sirenas, los ancianos miraban el cielo en busca de aviones.

Ahora, sin embargo, el nico cielo que en verdad interesa a Rico es el que aparece dibujado en la cajetilla vaca de cigarros.

Entre los noctmbulos que repudian el toque de queda tambin hay vendedores que mantienen abiertos sus establecimientos.

Uno de esos vendedores es un haitiano con quien Rico ha hecho buenas migas. Un hombre con el rostro convertido en mapa estelar por el acn.

Ansioso por sentir la mordedura del humo en el pecho, Rico apunta su taxi hacia el negocio de Christophe. Tiembla el verano.

En la soledad urbana estallan de vez en vez risotadas que estremecen el aire. Noche y locura son los mejores amantes.

Rico ve su taxi como un cuchillo que cruza el vapor de las alcantarillas. Bajo la ciudad, piensa, siempre hay algo que hierve.

El establecimiento de Christophe es un navajazo de ne3n verde en el tel3n nocturno. Rico suelta un suspiro prolongado.

«Licores», reza el anuncio en el que titubean dos letras. El titubeo se extiende a las luces de la estaci3n de metro cercana.

Rico detiene el auto frente a la licorerA-a. Baja y va a la puerta de cristal curiosamente cerrada. Lo aturde el zumbido del ne3n.

El golpeteo de una moneda de cincuenta centavos en el vidrio secunda el llamado a Christophe. El silencio es la respuesta.

Enfadado, Rico pega la cara al cristal y otea el interior del negocio. Tarda en reconocer el reguero de sangre en el piso.

La sangre luce escandalosamente roja contra los mosaicos. Seal de que la violencia se acaba de consumir o se est consumando.

Rico advierte un sabor metlico que le inunda de golpe el paladar. El miedo parece venir siempre de una fuente inorgnica.

Con el coraz3n galopante, Rico busca un mejor ngulo de visi3n hacia dentro de la licorerA-a. El reguero de sangre es inmenso.

Coa, piensa Rico, cuanto lquido corre por las venas. El rastro carmes- dobla a la izquierda y desaparece tra un anaquel.

Algo llama la atenci3n en el punto donde el rastro se tuerce. Unos dedos agarrotados. Una mano que intenta asirse a la vida.

Rico modifica su posici3n y aguza la vista. La mano est unida a un antebrazo mutilado. El antebrazo moreno de Christophe.

Atr3s, muy atr3s de sus propios latidos que lo aturden, Rico comienza a captar un rumor inquietante. Sonido de masticaci3n.

Algo se est alimentando de Christophe entre las estanteras llenas de botellas que brillan con colores ligeramente malvolos.

La incredulidad marea a Rico, que recuerda la voz de su madre. Los animales son como nosotros pero un poquito distintos.

Las lmparas fluorescentes que iluminan el interior de la licorerA-a se lanzan a parpadear. La luz tambi3n percibe la amenaza.

El sonido de masticaci3n se interrumpe con brusquedad. En el silencio que sobreviene se escuchan unas palabras dbiles.

En un principio el sentido de las palabras se pierde como humo entre el miedo. Pero luego se oye con claridad: «Ayuda. Ayuda».

Rico siente un escalofro al identificar la voz de Christophe. Instintivamente empuja la puerta de la licorerA-a, que no cede.

«Ayuda. Ayuda». Repentinamente, la petici3n de auxilio es ahogada por otra voz: «No hay ayuda. No hay nada. S3lo hay hambre».

No se alcanza a distinguir si la segunda voz es de hombre o mujer. S3lo se discierne una ira profunda, perfecta, ancestral.

«Ayuda», insiste Christophe con un hilo sonoro que es cortado violentamente por un rugido al que sigue un crujido de huesos.

Mientras el ruido hmedo de la masticaci3n se reanuda, la voz asexual se oye de nuevo. «S3lo hay hambre dice, «tenemos hambre».

El miedo se ha trasladado al estómago de Rico en forma de un vacío caliente. La moneda de cincuenta centavos cae de su mano.

Bajo la cúpula de quietud depositada sobre la calle desierta, el tintineo de la moneda al golpear la acera resulta atronador.

Rico da un respingo que lo hace chocar contra la puerta de la licorería. «Coño», musita, «coño». El cristal resuena y se sacude.

Dos cosas ocurren simultáneamente. Aguzados al máximo por el temor, los sentidos de Rico las captan con precisión sobrecogedora.

Dentro de la licorería se escuchan cuchicheos y gruñidos que rematan en la sombra que se alarga sobre la sangre de Christophe.

Un grito estalla en la noche, proveniente de la estación de metro cuyas luces parpadean al otro lado de la calle. «Ayuda».

Por un instante Rico cree que se trata otra vez de Christophe, pero pronto se corrige. Esta voz es juvenil, femenina.

Igualmente femenina parece ser la sombra que está a punto de doblar hacia el pasillo que lleva a la entrada de la licorería.

Rico no se demora un segundo más. Se precipita hacia su taxi, abre la portezuela de un tirón y ocupa su asiento entre jadeos.

«Por favor, ayúdame». El ruego frena los dedos torpes de Rico que ya han colocado la llave en el contacto del automóvil.

Entre el parpadeo ahora rítmico del alumbrado de la estación, Rico logra identificar la silueta de una muchacha delgada.

El motor del taxi se enciende con un fragor que fractura el silencio. Rico se asoma por la ventanilla. «Acá», grita «ven acá».

Mientras la muchacha se abalanza a cruzar la calle, una especie de aullido que surge de la licorería estremece a Rico.

En el aullido la rabia se entremezcla con un elemento más recóndito, más oscuro. Una sed de venganza que no conoce límites.

Por el rabllo del ojo Rico distingue movimiento en la entrada de la estación de metro. Un derrame de sombras hacia la calle.

Hay un forcejeo en la puerta trasera del taxi. Rico desactiva los seguros para que la muchacha se arroje sobre el asiento.

Un lacerante aroma sexual, de bestia en celo, se derrama por el interior del auto. Rico siente que le escuecen los párpados.

«Vámonos de aquí-, vámonos ya, vámonos». En la voz enronquecida de la muchacha hay más orden que ruego. Aturdido, Rico obedece.

Como cimbrada por el rechinar de las llantas del taxi, la puerta de la licorería revienta en una galaxia de navajas trasladadas.

Sin pensar momentáneamente en nada más, Rico pisa el acelerador a fondo. El auto es una bala amarilla en medio de la noche.

Una agitación desvía la vista de Rico hacia el espejo retrovisor. Algo persigue al taxi. Algo o alguien veloz. Y deforme.

«Sujétate bien», masculla Rico sin saber si se dirige a la muchacha agazapada en el asiento trasero o más bien a sí mismo.

El auto gira bruscamente en la primera calle transversal. Sentido contrario. Sin prestar atención, Rico acelera otra vez.

Los vehículos estacionados a ambos lados de la calle semejan animales en hibernación. Rico ve cómo se acerca otra transversal.

Nuevo giro violento, nuevo rechinar de llantas, nuevo golpe del hombro contra la portezuela. La calle es del sentido correcto.

Los espejos muestran sólo el serpenteo de la noche entre los edificios que van quedando atrás. El sudor quema un ojo de Rico.

Otro giro en una calle débilmente iluminada por la que se acelera comienza a normalizar la respiración.

«Coño», farfulla Rico, «¿estás bien?».

En respuesta hay una intensificación del aroma feral que reina dentro del taxi. Una mirada gris brota como flor en el retrovisor.

En ese gris Rico detecta una cualidad felina. Es el gris de la gata que busca machos para aparearse entre tejados calientes.

Pero en la mirada también hay pánico, miedo cerval. El terror de la presa que se sabe seguida en el corazón de las tinieblas.

Los ojos de la muchacha son de una intensidad que opaca el resto del rostro, un bello halo alumbrado por una palidez lunar.

La negrura del pelo largo y revuelto contrasta con esa palidez, dando a todo el conjunto facial un aire salvaje que perturba.

Confundido por la visión, Rico se concentra en el volante. Una frase de su madre le revolotea como mosca dentro de la cabeza.

Los ojos son las ventanas del alma, pero hay ventanas a las que es mejor no asomarse porque dan a un agujero y causan mareo.

VÃ©rtigo, mamacita, piensa Rico, esta niÃ±a provoca vÃ©rtigo. Los semÃ¡foros en rojo no detienen la marcha imparable del taxi.

Ã«Estoy bien, sÃ-. GraciasÃ». La chica rompe su reserva con una voz tensa como el Ãrbol antes de recibir el golpe de un rayo.

Rico intenta contestar pero nota su garganta sÃbitamente seca. Traga saliva. Ã«Soy RicoÃ», dice, y carraspea. Ã«Ã¿CÃ³mo tÃº te llamas?Ã».

Ã«ArtemisaÃ», dice la muchacha. Y al cabo de unos segundos aÃ±ade: Ã«Pero mi gente me llama Temis. Bueno, que queda de mi genteÃ».

Un silencio incÃ³modo desciende sobre el auto que atraviesa calles a gran velocidad. Rico afloja la presiÃ³n en el acelerador.

Ã«Creo que ya podemos dejar de correr. Creo que ya estamos a salvoÃ». Rico habla primero que nada para tranquilizarse a sÃ mismo.

Ã«NoÃ», replica Temis en un susurro, Ã«no estaremos a salvo mientras haya animales. EstÃn aquÃ para devorarnos. Somos lo que comenÃ».

Las palabras son uÃ±as de hielo en la nuca de Rico, que se sacude y trata de desviar la charla hacia derroteros menos frÃos.

Ã«Ã¿CÃ³mo tÃº puedes estar en una estaciÃ³n de metro a estas horas, chica? CreÃ-a que todas se cerraban despuÃs del toque de quedaÃ».

Ã«Se cierran, sÃ-Ã», responde Temis, Ã«pero para todos los que viven acÃj arriba. No para la gente que vive allÃ abajo. Mi genteÃ».

Ã«Tu genteÃ», repite Rico con cautela, Ã«Ã¿por quÃ© tÃº te refieres tanto a tu gente?Ã». Un vacÃo le empieza a en la boca del estÃmago.

La respuesta se demora unos instantes. Ã«Ã¿Has oÃdo hablar de los cazadores?Ã», pregunta Temis con voz nuevamente enronquecida.

El nombre ya no es una uÃ±a sino una mano de hielo que baja y sube por la espalda de Rico. TenÃ-as razÃ³n, mamacita, piensa Ãl.

Como un zumbido mental, la voz de la madre de Rico regresa con el mito de los cazadores, el grupo de resistencia subterrÃnea.

A la madre de Rico le gusta torcer los lugares comunes. Ã«Toda acciÃ³n tiene su reacciÃ³nÃ», dice, Ã«si hay animales habrÃj cazadoresÃ».

SegÃ³n cuenta, el grupo de resistencia se comenzÃ a constituir poco despuÃs de que los animales tomaran la ciudad por asalto.

En un principio sÃlo habÃ-a rumores: hebras de informaciÃ³n que tejÃ-an un tapiz con gente que se exiliaba debajo de la urbe.

Se decÃ-a que esas personas buscaban estaciones de metro en desuso para convertirlas en enclaves de planeaciÃ³n estratÃgica.

Lo que iniciÃ³ como una resistencia clandestina no tardÃ³ en cobrar la forma de un modo de vida. La cotidianidad entre sombras.

La resistencia fue ganando adeptos. AsÃ- llegaron los primeros trofeos: crÃjneos de bestias en los sitios de ataque a animales.

Se hablaba de decapitadores entrenados, de un lÃder que vestÃ-a un saco de tela escocesa y decÃ-a no estar donde deberÃ-a estar.

A los trofeos se sumaron pintas en los muros que las autoridades borraban de inmediato por temor a una rebeliÃ³n generalizada.

Quienes alcanzaban a ver las pintas describÃ-an consignas violentas, dibujos burdos que recordaban los tiempos de las cavernas.

El objetivo de las pintas era declarar inaugurada la temporada de caza. Los dibujos ofrecÃ-an animales masacrados, tasajeados.

Poco a poco los cazadores pasaron a ser una esperanza intangible pero real, el humo con que las bestias podÃ-an sofocarse.

Las agresiones animales se intensificaron. Fue la Ãpoca en que aumentÃ³ el hallazgo de cadÃveres mutilados de indigentes.

Se murmurÃ³ que varios de esos indigentes eran en verdad cazadores embozados. De ahÃ- la enorme saÃ±a con que se les aniquilÃ³.

La resistencia tuvo que volverse mÃj discreta, menos palpable. Se empezÃ³ a hablar de la organizaciÃ³n de una cacerÃ-a masiva.

Ã«Ã¿Por quÃ© los cazadores no se hacen visibles, mamacita?Ã», decÃ-a Rico. Ã«Para mÃ- que son pura patraÃ±a como todas esas bestiasÃ».

Ã«Te equivocas, mi niÃ±oÃ», replicaba la mujer santiguÃjndose. Ã«El cazador es la respuesta a la gran pregunta: quiÃn son los animalesÃ».